



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II

EL ENTIERRO DEL CLASICISMO

A cuenta del adelanto, por los tiempos, del espíritu humano, te vuelves al sentimiento de la belleza, y me preguntas: ¿Se ha hecho después de la *Iliada* algo que en hermosura la sobrepase? Y á esto te respondo que se ha hecho, á través de los siglos posteriores al mítico Homero, y seguimos haciendo la *Iliada* misma. La *Iliada*, como todas las demás grandes obras de arte duraderas, como todas las perennes flores clásicas, es obra de siglos y generaciones. Y no sólo de los que precedieron á su parto, sino también de los que lo siguieron, siguen y seguirán.

De noción común es ya cómo todo poema miliair, de los que salvan las avenidas del olvido, tiene hondas y desparramadas raíces en el pasado, es el colmo de una espesa floración soterraña. A la *Iliada* precedieron primavera de cantos rapsódicos, cantos que cayeron, se ajaron, los arremolinó el viento, se pudrieron y fueron, así deshechos, martillo que abrigó la savia de nuevos cantos que verdicieron en una primavera para seguir la misma rueda de fortuna, hasta que floreció el árbol perenne. Y es sabido cuántas visiones de viajes á los infiernos prepararon la Divina Comedia. Tienen estos poemas una larga vida embrionaria, tanto más larga acaso cuanto más acabada es luego la criatura.

Y no concluye su vida al nacer, ni nacen como Minerva de la mollera de Jove. Nacidas ya, siguen viviendo. Siguen viviendo en cuantos los reciben, cantan y comentan, en cuantos incorporan á su vida las hermosuras de que rebosan. Un poema clásico vale sobre todo por los pensamientos que en él han ido poniendo sus gozadores. Las junturas de sus versos y estrofas están llenas de flores secas, de recuerdos que allí fueron dejando generaciones de lectores, y de esas flores se desprende un suave aroma que perfuma y embalsama el poema todo.

La intensa significación de las grandes obras miliaires de la poética humana es, en su mayor parte, obra de los comentadores. Tal verso preñado de hermosura y de sugestión, lo está por haberlo nosotros oído en tal augusto momento de vida, ó envuelto con tales otros pensamientos y en una aplicación determinada. Todo el que da un nuevo sentido á un verso de la *Iliada* ó de la Divina Comedia, enriquece y hermosea estos riquísimos y hermosísimos poemas. Los enriquecen y hermocean por igual los que de un mismo pasaje dan interpretaciones contrapuestas é incompatibles entre sí. Son esos poemas á la manera de melodías á que cada cual pone

sendas letras, y al oír un soplo de su canto, oímos vagamente, allá en las lontananzas del recuerdo, todas las letras con que lo hemos oído cantar.

La Biblia es el más característico ejemplo de lo que te vengo diciendo. Si el autor de los Salmos ó el del Libro de Job, quienesquiera que ellos fuesen, pudieran resucitar y enterarse de los comentarios todos que se han arremolinado en cerca de sus divinos desahogos volverían á morir, sólo por seguro, diciéndose: «Pero todo eso dije yo, Dios mío?» Y todo eso han hecho decir. Y el hacer decir algo vale tanto como decirlo.

La docta exégesis histórica está empeñada en la meritísima labor de poner en claro qué es lo que en los Evangelios dijeron y quisieron decir los evangelistas, tamizar la historia apurándola de la leyenda y darnos el Cristo histórico. Y en tanto, sigue, de un modo ó de otro, la exégesis simbólica y la mística, merced á la cual vive el Cristo en los siglos y toma los colores todos con que tienen su divino manto todos los encendidos ocasos de todos los soles que mueren en los tiempos.

Verdaderamente digno y justo es que las doctas exégesis todas, críticas é históricas, se ensayen en las obras maestras del linaje humano y nos las quieran apurar aventándolas al aire del raciocinio; pero es condición de la esencia de ellas que hayan de vivir de las imaginaciones que en ellas anidan y crían.

La *Iliada* no es el desnudo texto crítico que estudia el helenista; la *Iliada* es un canto que, envuelto en cantos que lo penetran por todas partes, sostenido por las voces de los que en ella refrescaron los cansancios del corazón, atraviesa triunfal las generaciones de los hombres. Cuanto más admirado un libro, es más admirable; cada nueva admiración acrece su admirabilidad.

Déjate, pues, de literaturas, déjate de críticas, y entrégate á la poesía, que es creación. Y la creación es creación continua; la conservación es una creación continuada. Si la *Iliada* vive es porque la estamos haciendo de continuo, y la nuestra es muy otra que la del siglo XVI ó la del XVIII.

Sucede con las grandes obras maestras poéticas, con los grandes poemas clásicos, lo que sucede con el paisaje, y es que las pinturas que de él hacen los hombres son las que nos sirven para admirarlo y gustarlo, y aun para verlo. Y cuando el espíritu del hombre, educado merced al arte á ver la hermosura de la naturaleza, ve ésta derechamente y cara á cara, sin medianería alguna, las obras de arte se secarán y pudrirán, como las hojas que sorbieron ya el aire luminoso que hizo al árbol.

Someternos á la inteligencia histórico-crítica de los caudales del legado poético de la humanidad, es enterrar el talento de hermosura que se nos ha dado y no dejar que rinda relieves; es materializar las obras eternas remachándolas á lugar y á día.



Y ahora, á mi vez, te pregunto yo: «¿Tenemos en España obras clásicas? ¿Hay poemas españoles que hayan vivido atravesando las generaciones y tomando jugo de la sangre de éstas? ¿Re-creamos, quiero decir creamos de nuevo acaso nuestras viejas mentadas creaciones? ¿Aramos con ellas nuestro suelo espiritual?»

No, no aramos con ellas, sino que, á lo sumo, las tenemos erigidas y enhiestas en escondidos altares, á guisa de ídolos, rindiéndoles culto solitario y ritual unos cuantos sacerdotes faltos de religiosidad y de fe.

Sólo muy de tarde en tarde se ensancha el ánimo y se abre el corazón á la esperanza al ver á tal ó cual creyente desperdigado que ve en «La vida es sueño» una tesis anarquista ó imperialista, que busca en San Juan de la Cruz budismo ú otra cualquier cosa la más imprevista, ó se empeña en ver en el Romancero tendencias republicanas federales. Por grotesco y absurdo que todo esto nos parezca, esos son los que hacen clasicismo. Esos lo hacen y otros lo entierran.

Lejos de mí el desconocer el valor grandísimo de toda Inquisición estrechamente histórica y crítica; mas de ese valor la mejor parte es servirnos los resultados de tales inquisiciones como punto de partida de nuevas fantasías y nuevos renovamientos arbitrarios. Y para esto sirven los aciertos, y sirven igualmente los errores. Más de una mala traducción de algún antiguo pasaje ha servido de punto de partida de ideas en que jamás soñó el autor del pasaje mal traducido. Teorías completas, y por cierto muy sugestivas, hánse cimentado sobre malas traducciones de pasajes evangélicos y, en general, bíblicos. Así es y así debe ser.

Lo más grande de la obra de arte es que sirve de incentivo para nuevas obras de arte; apenas hay grande obra poética que no tenga copiosa y dilatada descendencia. Valen más las *Don Juanes* á los *Yanitos* que el *Dan*

Juan y el Fausto primitivos provocaron, que no todos los estudios que en torno á ellos se han hecho, cuando estos estudios no han sido, á su vez, labor poética. En otro caso no son sino auxiliares de ésta.

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S